

En un pueblo (hacia 1557) de la Baja Extremadura

Mi Aurea de este anteverano va de historia, de historia documental, seria, de las de notas al pie con siglas de archivos, es decir, de la que temen (y desconocen) los historiadores light, éstos de capea y barrera, que no han tocado jamás un legajo (aunque presumen de lo contrario), que son alérgicos a las fuentes de primera mano (porque hay que buscarlas) y que conocen la paleografía por (la letra de la) correspondencia (ahora electrónica). Y no se preocupen, también va de libros, y además de libros importantes. Por fin sabemos lo que hay que saber del enigma de la “biblioteca enclaustrada” de Barcarrota. La luz ha tardado en llegar, pero brilla más fuerte y más segura al resplandor del documento; aclaremos: de los documentos, por el empeño de un investigador y de su lucidez crítica para saber buscarlos, leerlos, interpretarlos y, sobre todo, escribir su aventura con rigor asequible para todos. Cómplices aureobibliográficos: corran a una librería (sería), pillen la obra de Fernando Serrano Mangas, *El secreto de los Peñaranda. El universo judoconverso de la Biblioteca de Barcarrota. Siglo XVI y XVII* [Huelva: Universidad de Huelva/Editora Regional de Extremadura (Biblioteca Montañana, 10), 2004, 199 pp.+3 hs., con “Prólogo” de Rosa Navarro Durán], siéntense cómodos y dispónganse a disfrutar del gozo de leer un libro de investigación bien escrito, como quien lee una novela de intriga, con solución final donde encajan todas las pistas y, en este caso además, con el nombre del incógnito propietario de la famosa “librería”. Y vayan situándose en esa España, a veces poco áurea, de un pueblo de la Baja Extremadura hacia 1557.

A finales de 1995 saltó una bomba bibliográfica cargada con mucha metralla: al destapar un doblado en la reforma de una casa en Barcarrota aparecieron enclaustrados 11 libros del siglo XVI; más precisamente: 10 impresos, un códice y un amuleto manuscrito, que no lo es tal, sino en realidad lo que técnicamente se denomina una “nómina”. De hecho, el descubrimiento se realizó en 1992, pero hasta esa fecha no se dio a conocer públicamente, momento en el que la Junta de Extremadura ya era gozosa propietaria de las piezas; y como tal empezó a publicar el primer facsímil de los libros emparedados: una insospechada edición de *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades* impresa en Medina del Campo en 1554 [Mérida: Editora

Regional de Extremadura, 1996, edición y prólogo de Jesús Cañas Murillo]. Desde entonces, en “La Biblioteca de Barcarrota”, han ido apareciendo las reproducciones de otros cuatro hermanos de escondite: *A muyto deuota oração da Empardeada. Em lingoagem portugues* [s. l., s. i., s. a.; *idem*, 1997, edición, traducción y notas de Juan M. Carrasco González y estudio de M^a Cruz García de Enterría]; el manuscrito italiano de *La Cazzaria (La Carajería) Diálogo* de Antonio Vignalli [*idem*, 1999; edición de Guido M. Cappelli, estudio paleográfico, codicológico y traducción de Elisa Ruiz García y preliminar de Francisco Rico]; *Tricassi cerasariensis mantuani super chyromantiam codytis dillucidationes praeclarissima* [s. l., s. i., 1525; *idem*, 2000; traducción de Eustaquio Sánchez Salor y edición de Elisa Ruiz García] y la traducción italiana de la *Opera chiamata Confusione della setta Machumetana, composta in lingua Spagnola* de Juan Andrés [s. l., s. i., 1543; *idem*, estudio preliminar de Elisa Ruiz García y transcripción de M^a Isabel García-Monge de la edición castellana de Valencia, Juan Jofre, 1515]; así como la promesa de la pronta publicación de los restantes, que me consta, que están cumpliendo.

Enseguida se oyeron voces de todos los pelajes y condición, la mayoría (por supuesto) sin haber visto los ejemplares ni en foto, sin saber (incluso) dónde andaba con seguridad Barcarrota (con graciosas erratas incluidas) y sin conocer apenas nada de la mayoría de las obras que se contenían en los libros; fuera del repente periodístico inmediato —sólo disculpable por la necesidad de informar, aun a costa de la ignorancia— y de la prudencia de algunos prudentes, casi nadie dijo algo medianamente sensato sobre el origen y la razón de ser de aquel depósito libresco, surgido de la sorpresa más absoluta. Claro que había que saber italiano, latín, portugués, paleografía, varias clases de historia, bibliografía y demás disciplinas anejas para vislumbrar, al menos, alguna teoría congruente y de cierta coherencia documental; y en cualquier caso haber tenido en el recuerdo la máxima de La Bruyère: “Hay personas que hablan un momento antes de haber pensado”.

Como toda noticia de cierta importancia cultural, al poco se olvidó su urgencia mediática y volvimos al zapping informativo cotidiano. Empezaron los correctos facsímiles, con sus estudios preliminares —unos, desde